

CALMAYOR, EL POTOSI DE LAS MONTAÑAS ASTURES

# HOMBRES del hierro en los altos de SOMIEDO



He recorrido más de treinta kilómetros con un amigo inglés, hombre apasionado por la raza celtibérica, sus costumbres y circunstancias. Atrás se quedaron dos puertos de montaña que se levantan como dos murallas casi infranqueables. Agua, nieve, frío, calor, niebla y barro, fueron nuestros constantes compañeros de viaje. Todo el trayecto ha sido una verdadera odisea: paradas, cambios de tiempo; en fin, un viaje salpicado de los más dispares contrastes. La altivez y el verdor de las montañas cántabras con la monótona planicie de la meseta y sus cerros carcomidos y esteparios, para volver de nuevo a la montaña. La bravura de los encabritados arroyos que descienden tumultuosos por las laderas, con el plácido vuelo de las cigüeñas y la vida apacible de las aldeas leonesas. Al fin, después de varias horas de camino, destemplados y cansados, llegamos a nuestro destino.

Calmayor, hace unos quince años, era un hermoso paraje rodeado de tres lagos azules, y de altas y escarpadas montañas, que no envidiaría al más impresionante paisaje tiroles.

Situado en la línea divisoria de Asturias y León, en el concejo de Somiedo, goza a la par del agreste y bravo suelo astur y el balsámico aire de Castilla. Hoy, hasta este recóndito lugar, llegó la destrucción de la naturaleza a manos del hombre. Hoy Calmayor es un constante valén de camiones cargados, de ruidos incesantes, de máquinas y hombres en movimiento. Calmayor es, desde los primeros albores de la primavera hasta la caída de la hoja de su pobre vegetación, una comunidad obrera, donde viven y conviven, arrastran y cargan mineral de las entrañas de una montaña roja, setenta hombres a más de mil quinientos metros de altitud y diez grados bajo cero durante los crudos fríos.

Hemos hablado con un grupo de estos trabajadores que nos han acompañado y prestado una gran colaboración a lo largo de nuestra visita. Con ellos hemos compartido toda una tarde, sus alegrías y penas bebiendo de su botella de vino y tomando fotos que desinteresadamente les enviaremos para

que, a su vez, y como nos pidieron, remitan a sus familias y amigos y puedan apreciar lo que es su trabajo duro y honrado y sus faenas cotidianas pa-

ra ganarse el pan nuestro de cada día. Todos ellos tienen la tez morena y árida, de un ligero color pardusco, curtida por el viento glacial de este infierno bajo cero.

«Minas Somiedo, S. A.», pues éste es el nombre de la entidad empresarial, tiene sus yacimientos de hierro en una montaña rocosa. Es un Potosí de los Andes en la cordillera Cantábrica. Hace unos quince años que está siendo explotada y de ella parten cientos de camiones cargados de rojo mineral cada temporada, para una vez transformado en el útil metal de nuestros días salir al mercado en forma de tenedores,

cuchillos, autos, electrodomésticos, tijeras, cañones y bombas.

A juzgar por las instalaciones. «Minas Somiedo», es una sociedad por todo lo alto, próspera, rentable y sobre todo no está sufriendo el trauma de otras muchas empresas astures. Mientras visitamos la mina con sus diez pisos, su rampa en espiral, las venas de mineral, las cintas transportadoras y los hombres sudorosos envueltos en un denso polvo rojo, mientras recorremos las galerías abiertas en la roca viva que se pierden en la tenue luz del carburo y los peligros que encierran a cada paso, seguimos nuestro

diálogo y así podemos anotar que, todo el trabajo, que prácticamente es en el interior, está siendo realizado por tres grupos que se turnan día y noche. Nos hablan también de los cinco accidentes mortales y del sínfin de cosas y casos que ocurren allí dentro.

Volvemos a salir a la luz del día que se acentúa con el reflejo de la gran capa de nieve que cubre todo, alcanzando en algunas partes hasta tres metros de altura, y recorremos la trituradora, compresores y nos dirigimos finalmente hacia el barracón donde están instaladas las oficinas, la cocina, el comedor, los dormito-

rios del personal, las duchas y un pequeño botiquín. En este edificio de planta baja comen, descansan el músculo y curan sus heridas superficiales los trabajadores. La comida no es muy abundante, ni posee las suficientes calorías para mantener estos recios cuerpos, combatir el frío y la dura tarea del día, por eso cada uno más o menos, tiene su despensa particular.

Calmayor se ha vuelto cosmopolita. En esta tierra sobria hemos encontrado las gentes más dispares con los acentos más variados. Extremeños, salmantinos, andaluces, gallegos, castellanos y asturianos se dan cita cada año en las cumbres de estas montañas. A pesar de todo no hay discriminación regional y hay sentido del compañerismo, aunque le falte esa anhelada compenetración de caracteres que este mundo insólito busca sin encontrar. Algunos duermen la siesta en las literas de sus apretadas habitaciones. Otros sentados alrededor de una mesa del comedor, juegan una partida llena de calor, donde los mirones no faltan. Al pasar por el cuarto de aseo, nos llama la atención un joven que canta con acento andaluz mientras que con cierta destreza lava «zuz trapoz». Se muestra sorprendido por la visita inesperada, pero no tarda en sonreír y luego de hacerle una foto que nos pidió para enviar a su mujer, nos contesta afablemente a unas preguntas, uniéndose al grupo.

José Olmedo es un paciente más de los muchos que por aquí pasaron. Es enjuto, alto y esboza una sonrisa a cada respuesta. Viene de Berlanga y allí dejó a su esposa y a sus dos hijos, con los que no

se reunirá hasta finalizar la temporada. Sus paisanos fueron quienes le indujeron a venir a esta Alemania más cercana, y donde por el momento él se encuentra a gusto.

Hemos terminado nuestra visita de casi tres horas de duración. La finalidad de nuestra crónica es la de reflejar la vida y convivencia de estos hombres en un marco bello como es Calmayor y sus contornos y que paradójicamente, ellos llevan una vida tan deplorable. Si lo hemos conseguido nos damos por satisfechos. Nos despedimos de nuestros amigos que aún nos acompañan hasta la carretera. Nos estrechan la mano efusivamente. Unas manos callosas, llenas de grietas y ensangrentadas por el rojo mineral.

Detrás de nosotros queda un grupo de trabajadores que permanecen durante varios meses fuera del hogar, lejos del calor de los suyos; trabajando seis días y descansando uno, que se torna monótono con sus partidas de dominó, un viejo televisor, y la colada de «zuz trapoz». Detrás de nosotros, en el reino de las agujas y de los rebecos queda la mina más alta de España, donde forjan sus ilusiones cara al futuro, compartiendo entre sí los ratos buenos y los malos este grupo de titanes.

Antes de adentrarnos en el hermoso valle de Sahencia, volvemos la mirada hacia atrás para contemplar la inmensa mole rojiza, envuelta por la niebla vespertina, mientras que las aguas de los lagos duermen con su fauna, bajo la espesa capa de hielo, su letargo invernal.

Celso, G. DIAZ PEYROUX  
(Fotos: Michael Stanley Downing)

